

El prestigiado articulista tiene competencia para juzgar con seriedad lo que se nos ofrece. También a nosotros nos mueve "el noble y leal deseo de acertar".

José Valpuesta, S. I.

PROMOCION OBRERA

Mundo Social, Oct. 1960, P. Angel de Arín Ormazabal, S. I.

«Y el que pueda dejar de ser obrero, hará bien en hacerlo»

La revista "Mundo Social" es un exponente de las inquietudes sociales de nuestro tiempo y tiene un criterio orientador muy certero. Por eso nos ha extrañado esta desconcertante frase, como remate de un artículo del P. Arín en el que trata del serio problema de la promoción obrera. Tal vez no haya sido más que una frase poco feliz. Pero puede crear un poco de confusión. Por eso quiero dialogar sobre el tema.

No cabe duda que este tema se va haciendo cada vez más candente. Las masas obreras han saltado al primer plano de la Historia, y sus problemas preocupan a muchos. Principalmente, la elevación humana del proletario. Porque de eso se trata: de un movimiento hacia una mayor participación en los niveles de cultura del mundo actual. Promoción quiere decir eso: movimiento hacia adelante. No se pregunta sólo lo que hace falta hoy, sino que se mira al porvenir en toda su complejidad humana.

El padre de familia mira al porvenir del hijo. El obrero adulto no quiere que su hijo participe en los bajos niveles de cultura de su padre. Pero, ordinariamente, las aspiraciones obreras de los adultos, no consisten en el deseo de salir del proletariado, sino en el deseo de una elevación colectiva del proletariado. Esta elevación exige, como condición indispensable, un salario vital y un trabajo humano. Y su objetivo no es materialista. Los obreros aspiran a convertirse en hombres como los demás: en sujetos de la historia, de la economía y de la sociedad de un pueblo; y no en objetos de producción. Y como consecuencia, a ser tratados como los demás hombres. El obrero adulto quiere que su hijo sea tratado con la dignidad de hombre, y no, como tal vez, trataron a su padre.

Estas consideraciones nos llevan de la mano a un problema serio y trascendental. La promoción obrera, ¿ha de hacerse individual —sacando uno a uno del proletariado— o colectiva —por un movimiento de masa—? En otras palabras, ¿se ha de efectuar desde dentro de la clase obrera o desde fuera?

Esa promoción individual no la condeno, pero puede tener sus desviaciones. Y una de ellas es esta: creer que el ser obrero es una maldición, y por tanto, que hay que salirse del proletariado cuanto antes, a toda costa. La maldición no pesa directamente sobre el obrero por ser obrero, sino sobre las estructuras de una sociedad que desprecia al obrero y le relega a último lugar, porque no está a la altura, porque no tiene traje ni modales para participar del alegre festín de la vida moderna. Coloquemos, pues, al obrero a la altura que le corresponde, cambiemos las estructuras de la sociedad haciéndola más comunitaria, y cesará esa maldición. Por otra parte.

si los obreros inteligentes y capaces de influir en los demás se alejan del proletariado, ¿cómo podría realizarse una auténtica promoción obrera?

Es un peligro y una tentación. Promoción obrera no es liberación de clases. Desde luego, hay que trabajar por una liberación económica, política, social, psicológica, moral y religiosa, de la clase trabajadora. Liberarles de unas situaciones que impiden el desarrollo humano de su personalidad en todos los órdenes. Pero liberarles de una situación injusta no es liberarles de su clase. Repito, el ser obrero no es una maldición, es una dignidad; se reconozca esta dignidad o se desprecie. Los Sumos Pontífices desde León XIII hasta Juan XXIII vienen llamando la atención sobre esta dignidad. Decía Pío XI, en la "Quadragesimo anno" que los "primeros e inmediatos apóstoles de los obreros han de ser los obreros" (Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios, A. C. E. Madrid, 1955, pág. 423, n. 58).

José M.^a García-Mauriño, S. I.

